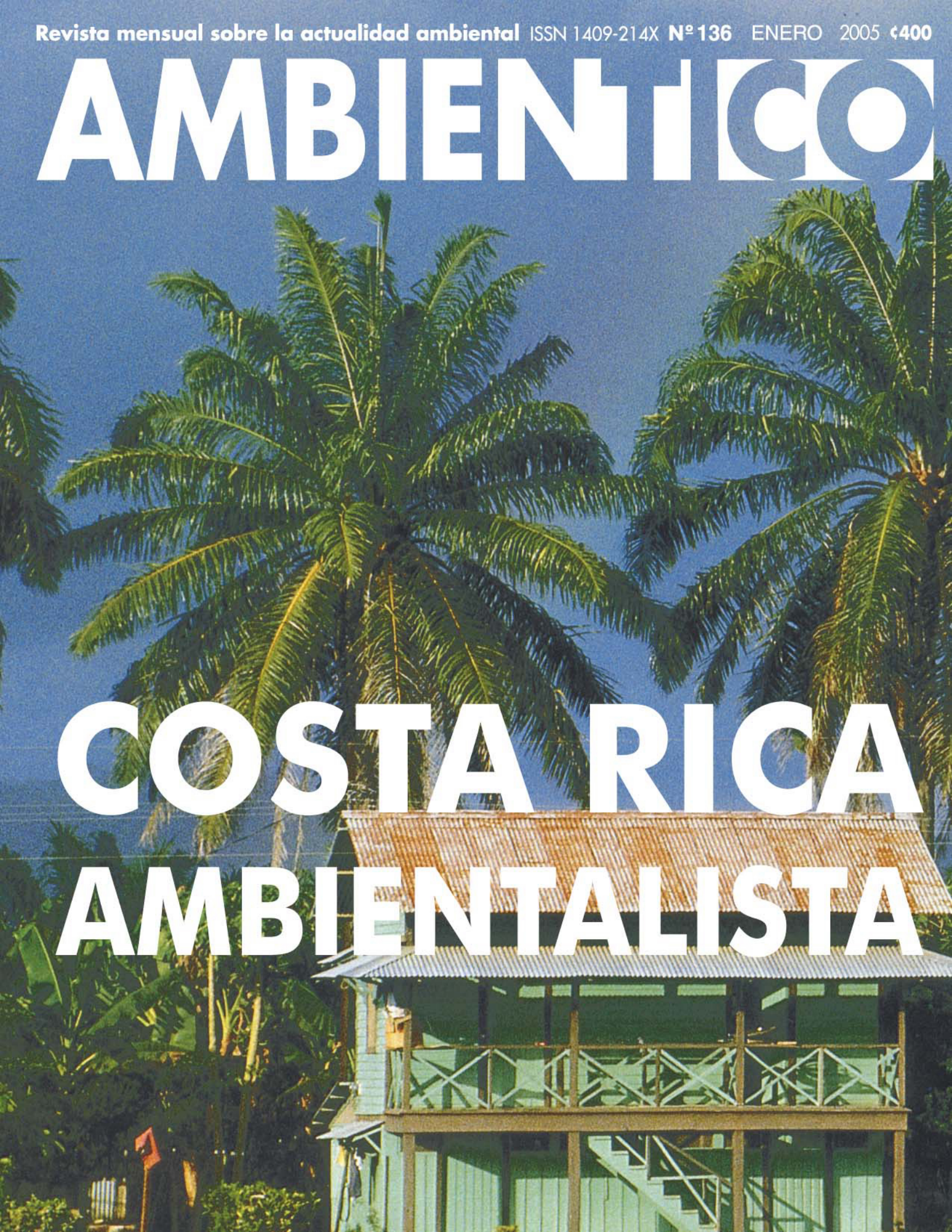
Revista mensual sobre la actualidad ambiental ISSN 1409-214X Nº 136 ENERO 2005 ¢400

AMBIENTICO



COSTA RICA AMBIENTALISTA

radio 101.9

En tu mundo

Tel.: 207 47 27 (central),
207 53 15 (cabina),
fax: 207 54 59,
c.e.: radioucr@cariari.ucr.ac.cr

San José volando

OCUPA TODO EL ESPACIO

Guía urbana

SUMARIO 136

TEMA DE PORTADA

Editorial 3
Ambientalismo contemporizador

Felipe Montoya 4
El ambientalismo tico

Marielos Alfaro 6
Sociedad tica sin conciencia ambiental

Gabriel Rivas 8
Costa Rica insustentable

Javier Baltodano e Isaac Rojas 11
10 años de ecologismo: soñando y empujando

Maynor Mora 13
Naturaleza: signo de identidad entre poaseños

Valeria Lentini 16
Valores ambientales de ticos y panameños

OTROS TEMAS

Marielos Alfaro 22
Pago de servicios ambientales en Ley Forestal

Reseñas de estudios 23
Productos forestales no maderables no son tan beneficiosos

Ilustración de portada: Eisenschink

EN ENERO

Retransmisión de los mejores programas del año 2004

era verde

Lunes 9 p.m. • Domingos 8:30 p.m. Canal 15 - UCR

Esta publicación contó con el apoyo financiero de

U.S. FISH & WILDLIFE SERVICE
DEPARTMENT OF THE INTERIOR

AMBIENTICO

Revista mensual sobre la actualidad ambiental

N° 136 ENERO DE 2005

Director y editor Eduardo Mora. **Asistente** Karol Montero.
Consejo editor Manuel Argüello, David Kaimowitz, Luis Poveda, Rodia Romero.
Diagramación e impresión Litografía e Imprenta Segura Hermanos, tel. 279 9759.
Circulación Enrique Arguedas.

Escuela de Ciencias Ambientales de la Universidad Nacional,
tel.: 277 3688, fax: 277 3289, apartado postal: 86-3000, Costa Rica,
ambientico@una.ac.cr, **www.ambientico.una.ac.cr**

Ambientalismo contemporizador

En Costa Rica existe un movimiento ambientalista (sociológicamente conceptuado como movimiento "social") que se nutre de una sociedad nacional orientada valorativamente hacia una vida cada vez en menor desarmonía con la naturaleza. A su vez, ese movimiento social nutre a esta sociedad con sus valores ya destilados -no en bruto- y transmitiéndole el conocimiento de normas de comportamiento respetuoso con la naturaleza. Este ambientalismo tico, expresado tanto en el internamente heterogéneo movimiento social como en el temperamento popular, que no es enorme pero es notable, ¿cómo y de dónde arranca? Grupos organizados en pro del ambiente empezaron a despuntar en los años setenta y se multiplicaron en los ochenta bajo el influjo del movimiento ambientalista mundial gestado en los países desarrollados del planeta. La laxa ideología ambientalista encontró aquí un buen caldo de cultivo gracias a la eclosión del turismo interesado en el disfrute de la naturaleza (agreste y rural) en los ochenta, actividad ésta que, impactando crecientemente en la economía nacional, convirtiose en la demostración de que la salvación de la flora, la fauna y los paisajes nacionales es la salvación nacional. Si en vez de que del Norte nos llegaran turistas, nos hubiera llegado masivas inversiones para -digamos- la demoledora industria extractiva, generando empleo y riqueza a través de encadenamientos económicos, el ambientalismo tico quizás no existiría como actitud nacional sino que se reduciría a unos escasos grupos -eso sí, mucho más beligerantes que los actuales- relativamente aislados de la población. Los ticos somos amables y contemporizadores, lo que constituye una ventaja para atraer visitantes. Paz, tolerancia ante las divergencias, elusión de las pendencias, procuración de la armonía con el prój(x)imo, con el ajeno y, por extensión y potencialmente, también con la naturaleza.

La búsqueda de la armonía con la naturaleza no es "natural" en las sociedades modernas, es decir, no es generada espontáneamente en los ámbitos de la producción económica y del consumo; la Modernidad, precisamente, fue alcanzada destruyendo ya sin ninguna consideración y a mansalva vastísimos ecosistemas. El movimiento ambientalista, nacido en los años setenta, es una revuelta pacífica a favor de la naturaleza que se gestó de la mano de la crítica a la Modernidad. Y ese movimiento, dicho sea de paso, indirectamente moviliza a norteamericanos y europeos a visitarnos y a sus gobiernos y a organismos internacionales a elogiarnos. El ambientalismo como movimiento y como actitud del siglo veinte no es originalmente campesino ni indígena. El proteccionismo indiscutible de los indígenas, y el ambiguo de los campesinos, no es un ambientalismo, sino que es un proteccionismo preindustrial y premoderno. O sea, el ambientalismo tico es un producto nuevo que, al igual que el proteccionismo indígena y campesino, es interesado y oportunista, y tiene correspondencia con nuestra potencialidad contemporizadora.

El ambientalismo tico

FELIPE MONTOYA

En todo el mundo, Costa Rica es conocida como un destino ecológico sin igual y reconocida por sus esfuerzos por proteger y conservar su rica biodiversidad. Somos signatarios de convenciones internacionales como la de biodiversidad (CDB), la de cambio climático (Kioto), la de humedales (Ramsar), la de comercio de especies amenazadas (Cites), la de desertificación (CCD), etcétera. Las áreas protegidas cubren una cuarta parte del país y el derecho a un ambiente sano forma parte de la Constitución Política. Sin embargo, basta asomarse a cualquier río del Valle Central para detectar la enorme contradicción en nuestro amor por la naturaleza. ¿Somos o no somos ambientalistas los costarricenses? A fin de responder a esta pregunta es necesario primero identificar los parámetros que utilizaremos para llegar a una determinación. ¿Somos en términos absolutos, o con referencia a lo que hemos sido, o en comparación con otros pueblos, o en términos ideológicos, o en términos prácticos, o por conveniencia, o por convicción, o históricamente, o en potencia, o en la ciudad, o en el campo, o los viejos, o los jóvenes? También debemos enmarcar la pregunta por temática: ¿Nos preocupa el calentamiento global, la adicción al petróleo, la gran muerte de especies, el desmoronamiento de la Antártida, la pérdida de la capa fértil del suelo, la deforestación, la desertificación, la contaminación, el hambre, la pobreza, el consumismo, la basura, la destrucción de humedales, el ruido, los atentados contra el paisaje, la escasez de agua, los ríos muertos, las playas como receptáculos de los desperdicios de tierra adentro, la biocontaminación por cultivos transgénicos, la pérdida de culturas rurales...?

Claramente, los ticos, como otros pueblos, somos más o menos ambientalistas y en algunos temas más que en otros. No podemos decir categóricamente que en nuestra esencia seamos ambientalistas, pero tampoco podemos afirmar que nuestro ambientalismo sea únicamente una fachada. Nuestras preocupaciones ambientales sí son actitudes estratégicas a veces, pero también el ambientalismo ha llegado a formar parte de nuestra identidad colectiva.

Felipe Montoya, antropólogo ambiental, es profesor e investigador en la Universidad de Costa Rica.

En mi pueblo natal, Escazú, donde también he llevado a cabo investigación socioambiental, he encontrado un amplio abanico de actitudes, acciones y proyectos ambientales, entre ellos los que en algún momento denominé *ambienta-listos* (Montoya 1992). Pero también están los sinceros amantes de la naturaleza. El ambientalismo campesino, por ejemplo, se palpa sobre todo por su amor a la tierra, por su cariño en hacer brotar de ella el fruto de su colaboración con sus elementos. Su arraigo a la tierra no responde a una falta de opciones alternativas. A pesar de la escasez monetaria que brinda la agricultura campesina, es su identidad como hijos de la tierra lo que los mantienen aún formando parte de un paisaje rural de convivencia con la naturaleza. No obstante, también es cierto que las presiones económicas han minado este sector, que se ha visto forzado a abandonar la tierra, a veces vendiendo sus parcelas a nuevos inquilinos dispuestos a pagar por el valor agregado de un ambiente natural -producto de una cultura campesina. Éstos ahora forman parte de otro tipo de ambientalismo: tal vez podríamos llamarlo *ambientalismo residencial.*

Pero para no caer en el romanticismo, es necesario reconocer que el campesinado también ha contribuido a la contaminación mediante el uso de agroquímicos, a la erosión por mal manejo del suelo, a la deforestación y hasta a la cacería. Por otro lado, el ambientalismo residencial en algún momento también ha contribuido a la recuperación del hábitat de especies silvestres, especialmente en los grandes terrenos, anteriormente cafetales, que ahora se han convertido en refugios privados. Claro está que el *boom* residencial en los cerros de Escazú, por ejemplo, no solo destruye el paisaje y los ecosistemas naturales sino que además representa grandes presiones sobre los bienes y servicios de la naturaleza.

¿Somos más concientes hoy en términos ambientales de lo que hemos sido? Si vemos las tasas de deforestación, talvez podemos decir que sí. Aunque quizás este cambio sea más bien por omisión, ya que ahora son más reducidas las posibilidades de encontrar bosques para talar. Pero los campesinos que recuerdan haber tumbado en el pasado hectáreas de bosque inevitablemente dan muestras de arrepentimiento y de cariño por los árboles que permanecen en pie. No sé si los empresarios madereros tengan este mismo *ethos*, especialmen-

te cuando más de uno está cerrando las puertas de sus aserraderos por falta de materia prima. Por otro lado, las áreas reforestadas en el país siguen creciendo y se vislumbra que la madera de plantación pronto llegará a ocupar un puesto importante en las exportaciones nacionales (Guzmán 2004).

En la ciudad, algunas cosas están mejorando. Con la revisión técnica de los automóviles para controlar sus emisiones, los nubarrones negros asfixiantes en las calles josefinas parece que están mermando. Algunas calles se están arborizando. Rótulos de dimensiones excesivas se están eliminando. ¿Pero dónde están las plantas purificadoras de las aguas negras de nuestros dos millones de citadinos? Con la riqueza florística de nuestra patria, ¿dónde está el parque metropolitano que ostente toda la gama de nuestras especies forestales nativas? En la finca La Verbena, entre los cantones de Alajuelita y Escazú, habría espacio para un proyecto así, pero quién sabe si existirá la voluntad política, o el financiamiento disponible.

Festival Binacional Pro Lapa Verde O. Chassot

Los niños y las niñas llegan del kinder hablando de "cuidar el planeta", pero no sé si esta loable actitud sea el producto de la enseñanza oficial o de aquella absorbida de la televisión a través de personajes como las Chicas Poderosas o Bob Esponja. De cualquier manera, esperemos que "de chicos vayan para grandes", aunque en el otro extremo del espectro educativo, como es el caso de la Universidad de Costa Rica, su perímetro se encuentre adornado con montañas de basura acumulada, insalubre y maloliente. Y no veo señales de protesta.

Pero protestas por basura sí ha habido en el país: cuando ésta amenaza el patio de la propia casa. Lo que no he visto es un sentimiento popular de indignación respecto del estado nacional del manejo de la basura, respecto de los desgraciados caudales muertos, portadores de enfermedad, suciedad y veneno otrora llamados ríos con sus pozas donde alguna vez nadamos. No hay bloqueos de carreteras para denunciar la contaminación de nuestros acuíferos, la desaparición del jaguar en la Península de Osa, la pérdida de nuestra soberanía alimentaria, el cierre de los ferrocarriles, la negligencia en desarrollar o adoptar tecnologías con base en energías no contaminantes en busca de la autosuficiencia energética.

Esos problemas contribuyen a la pobreza y ésta acentúa la degradación ambiental. En Costa Rica, a pesar de nuestra reputación internacional como país *sin ingredientes artificiales,* el ambientalismo aún no ocupa el lugar que se merece en política nacional, en el psiquis colectivo, en nuestra identidad como pueblo. Para esto es necesario seguir recalcando las conexiones íntimas que existen entre la calidad de vida que podemos esperar y el cuido que le demos a nuestro ambiente. Cuando el pueblo bloquee un puente hasta que no se limpie el río, o cuando los traileros paralicen el país exigiendo energías limpias, o cuando los sindicatos exijan fuentes de aguas limpias y permanentes y tratamiento de aguas negras eficientes y efectivas para sus trabajadores, solo entonces podremos decir que el tico es ambientalista hasta el tuétano. No dudo que llegue el día, ojalá antes que después.

Referencias bibliográficas

Guzmán, M. "En ocho años sector forestal podría convertirse en pilar de las exportaciones nacionales", en *Boletín Ciencia y Tecnología*, 21, 2004. Disponible en http://www.conicit.go.cr/boletin/boletin21/forestal.shtml

Montoya, F. "Ambientalistas y ambienta-listos", en *Aportes*, 92, 1992.

Sociedad tica sin conciencia ambiental

MARIELOS ALFARO

Cuando se habla de conciencia ambiental algunos piensan que es "conocer los problemas", o sentirse "triste o molesto" por el deterioro ambiental, o sentirse "feliz" porque hay más parques nacionales o, cómo no, simplemente protestar. Cuando existe conciencia, los seres humanos, además de tener el conocimiento, pasamos de inmediato a la acción porque reconocemos nuestra responsabilidad y nuestro rol en el buen manejo de los recursos naturales y el ambiente. Nos convertimos en seres proactivos que actuamos todos los días en forma consistente con nuestras creencias; nos convertimos en parte de la solución a los problemas.

La sociedad costarricense carece de conciencia ambiental. La nuestra es una sociedad que mantiene en materia ambiental la misma doble moral que la caracteriza en otros temas. Es una sociedad que se queja de lo contaminado que está el aire en las ciudades del Valle Central pero no le gusta la revisión técnica vehicular: desde la instauración del marchamo ecológico miles de costarricenses se "brincan" el requisito ayudados por *gavilanes* y dueños de talleres corruptos; muchos hacen "arreglitos rápidos" y otros "alquilan llantas y catalizadores" por horas mientras pasan la revisión de Riteve, para luego devolver al vehículo su mal estado y volver a contaminar y a rodar con llantas que ponen en peligro la vida ajena. Una ilustración -aunque no ambiental- de la doble moral tica es la respuesta de muchos cuando, al comprar algo, el vendedor les pregunta si quieren factura, y con descaro dicen que no, a pesar de que se quejan de la disminución en la inversión social del país, sin mirar que ellos son evasores fiscales, o sea, corruptos que no contribuyen a generar los recursos que el país necesita para hacer dicha inversión. Es una sociedad que critica a los políticos corruptos pero que no hace un acto de conciencia de los actos de corrupción propios.

¿Podría ser que esta sociedad con dobles estándares en tantos temas fuera capaz de no actuar así en materia ambiental? No; hacemos exactamente lo mismo. Reconocemos que hay que proteger los ríos, pero todos sabemos que las aguas negras del país van a dar a sus cauces. Mas eso no nos quita el sueño: la responsabilidad es del Instituto de Acueductos y Alcantarillados (AyA) o de alguien más y no reconocemos nuestra propia responsabilidad y la necesidad de ser proactivos para generar soluciones a esa problemática. Si nos suben la tarifa por agua para hacer mejoras en los sistemas de distribución y disposición de aguas servidas y aguas negras, nos quejamos. Será que tenemos conciencia "sin disponibilidad de pago". ¡Vaya conciencia!

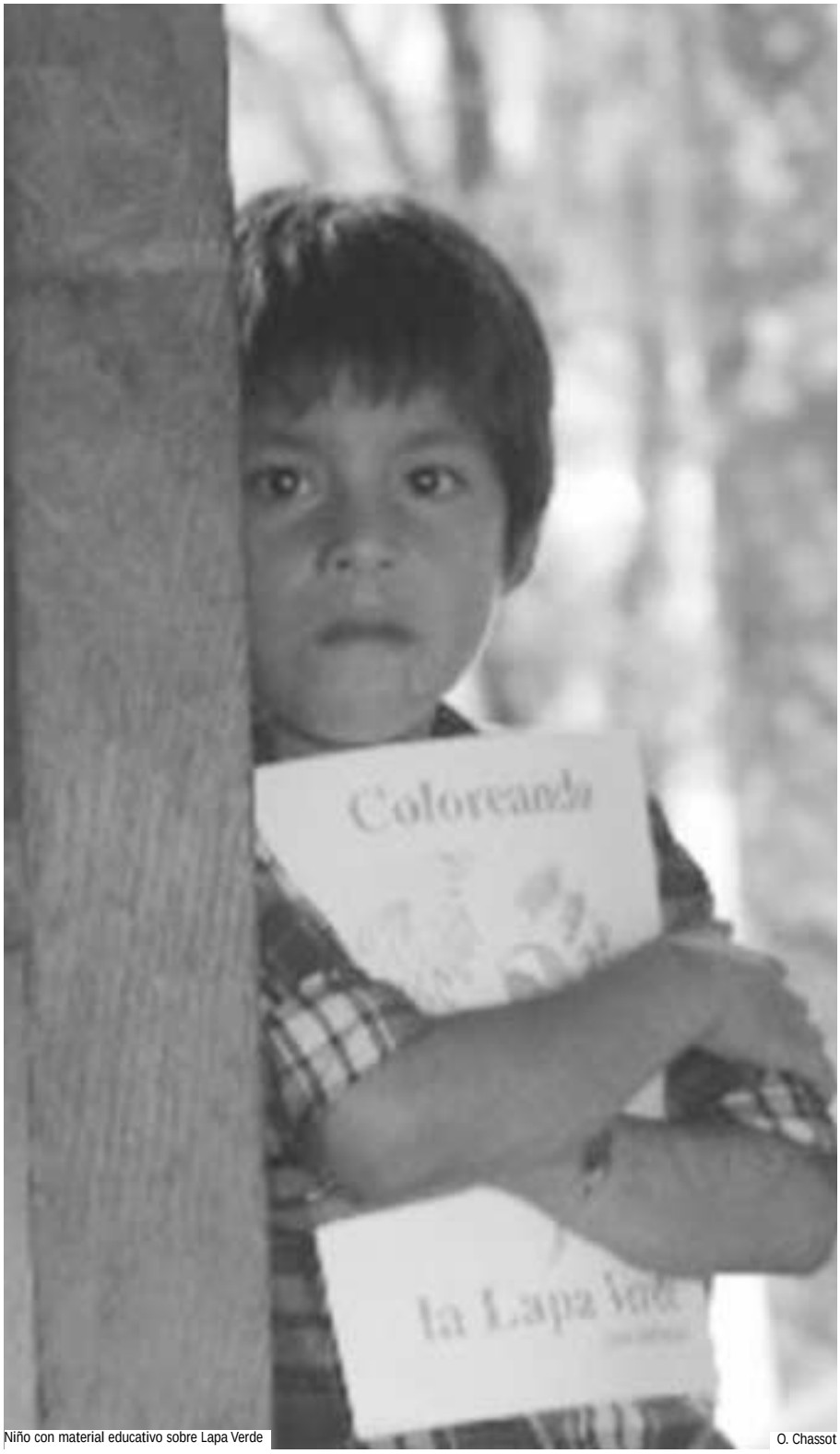
Hoy la cacería ilegal continúa, muchos ciudadanos echan basura a los ríos, otros pagan a empresas para que limpien sus tanques sépticos y no preguntan dónde son lanzados esos desechos orgánicos. Pero la verdad es que la mayoría de la población no quiere saber de eso, sus intereses están en otros temas. Sí encanta ver el "show" que presentan los medios de comunicación cuando mencionan casos de corrupción, asesinatos, violaciones, peleas de los diputados en la Asamblea Legislativa.

La sociedad costarricense ha recibido información insuficiente sobre la importancia del ambiente y la poca que ha recibido solo la ha "procesado" parcialmente. Un indicador valioso es la bajísima cantidad de noticias ambientales en los medios de comunicación y, cuando aparecen, son noticias cortas. A esto hay que agregarle que los periodistas manejan poco los temas ambientales y, por ello, a veces colocan información imprecisa en sus artículos. Se pregunta uno si será que las noticias ambientales no venden.

Pero las debilidades de la sociedad se pueden analizar también desde la perspectiva institucional. Nuestro Ministerio de Ambiente y Energía se ha limitado a ser un *ministerio de parques nacionales*, según manifiesta el propio ministro Rodríguez. ¿Qué ha pasado con el impulso a la producción agropecuaria e industrial sostenible, con el manejo sostenible de la producción de bienes y servicios de los bosques, con la protección efectiva de las fuentes de agua, del aire, del suelo, del recurso marino y otros? En el caso de los bosques y la producción forestal sostenible sí quiero dejar claro que en la década de los ochenta tuvimos una Dirección General Forestal que, con todo y sus limitaciones, de haber evolucionado adecuadamente hoy sería posiblemente el mejor servicio forestal de Centroamérica. Pero no pasó y de verdad lo lamento.

Una de las grandes debilidades de la sociedad costarricense es que se detiene mucho tiempo en la fase de diagnóstico y no pasa a la acción. Al fin, conocemos los

Marielos Alfaro, ingeniera forestal y especialista en economía y manejo de recursos naturales, es profesora en la Universidad Nacional y expresidenta de la Cámara Costarricense Forestal.



Niño con material educativo sobre Lapa Verde O. Chassot

problemas que tenemos. Contamos con una institucionalidad con grandes debilidades, pero la tenemos y hay que presionarla para que asuma sus responsabilidades así como debemos asumirlas nosotros. La sociedad costarricense ha gozado del privilegio de poseer grandes riquezas naturales y una tradición democrática envidiable en Latinoamérica, pero eso no es suficiente. La biodiversidad si no se administra bien se deteriora y pierde. La democracia se ha trabajado y, recientemente, se ha maltratado - también hay que trabajar en eso. Pero estamos tan acostumbrados a tener ambas cosas que no nos damos cuenta de su valor o, si lo sabemos, estamos dispuestos a dar poco de nosotros mismos para mantenerlas. Nuestra actitud más parece decir: que lo haga el presidente, la Asamblea Legislativa, el Poder Judicial, los ministros, el Ice (Instituto Costarricense de Electricidad), AyA o cualquier otro, olvidando que el estado somos todos.

A*mbientico* me pidió opinión sobre el movimiento ambientalista. Pero, ¿quiénes son el movimiento ambientalista de este país? Yo tengo claro que no son solamente el grupo de organizaciones ecologistas tradicionales del país que denuncian mucho pero que no proponen soluciones integrales a nada, pues se esconden tras la comodidad de evadir el esfuerzo de balancear lo económico, lo social y lo ecológico y se concentran solo en este último aspecto. Eso es ser ecologista pero no ambientalista, aunque reconozco que su labor de denuncia tiene importancia para promover cambios en el país. Para mí el movimiento ambientalista está constituido por todos aquellos costarricenses y extranjeros que habitan en nuestro país y que están interesado en el ambiente, que toman decisiones todos los días para reducir desechos, reutilizar plásticos, reciclar todo lo que se pueda reciclar. Son las empresas que invierten en mejorar su tecnología de procesos para reducir la cantidad de agua usada y devolver a los ríos el agua limpia, son las universidades que imparten carreras de biología, ingeniería forestal, recursos naturales, gestión ambiental y cuyos profesores se esfuerzan por entregar a los estudiantes el instrumental económico, social y ecológico para que sus decisiones contribuyan al desarrollo humano sostenible en el país. Son todos ésos, pero constituyen un bajo porcentaje de la sociedad costarricense. Hay dos *Costa Ricas*: la formada por el grupo de costarricense concientes y activos para promover y ejecutar mejoras ambientales en el país y la de los ciudadanos que conocen poco de la problemática ambiental y piensan que está en manos de otros buscar soluciones y actuar.

Costa Rica insustentable

GABRIEL RIVAS

Como indica Karambolis (2004), se ha vuelto lugar común (aunque vacío) hablar de sustentabilidad, de desarrollo sustentable, sin plantearse más profundamente de qué se trata. En esto Costa Rica no es una excepción, aunque muchos darían por un hecho que estamos en la vía del desarrollo sustentable o sostenible. Vandana Shiva (2002) ha dicho acertadamente que nuestros grandes retos para el futuro -aceptando como un hecho la degradación ecológica, social y política- estriban en: la restauración de la sustentabilidad ecológica, la restauración de la sustentabilidad social y económica, la restauración de la sustentabilidad política en los sistemas de gobierno, convertidos hoy en día en meros instrumentos de los poderosos global y nacionalmente, y la restauración de los elementos esenciales de justa gobernabilidad, transparencia, rendición de cuentas y justicia ambiental. Considerando que nuestra existencia está actualmente amenazada por la degradación ambiental, social y política, Shiva nos invita a restaurar urgentemente la sustentabilidad perdida. Pero, ¿cuáles son los atributos básicos (elementos esenciales) de la sustentabilidad, entendiendo ésta como el camino para asegurar la supervivencia de los pueblos a partir de la preservación de la viabilidad de los ecosistemas, única forma de garantizar a las futuras generaciones una posibilidad real de vida?

De acuerdo con Maynor Mora (1996), para preservar nuestra base estratégica de recursos naturales y mantener (más que alcanzar) un desarrollo sustentable, entendido como el mantenimiento del equilibrio dinámico, en el presente y en el futuro, entre ecosistemas y culturas, debemos esforzarnos por alcanzar: (1) Ecosuficiencia: uso mínimo (más reducido posible) de recursos naturales, que equivale a la menor intervención o transformación (daño) posible sobre la naturaleza, con el fin de preservar su viabilidad ecosistémica para las actuales y futuras generaciones, lo que implica también el concepto de renovabilidad, o sea el esfuerzo consciente de reducción del uso de recursos no renovables. (2) Ecoeficiencia: el mejor uso posible de los recursos y la menor producción posible de residuos potencialmente dañinos para la gente y los ecosistemas. (3) Justicia redistributiva: la mejor (más equitativa) redistribución posible de la riqueza generada por ese mínimo y más eficiente uso de los recursos, permitiendo a todas las personas una vida digna, más plena espiritualmente y más *desmaterializada* en términos de mercancías (cosas superfluas), y más decorosa existencialmente (Hinkelammert 2001b).

Sin embargo, sustentabilidad no es un término simplemente técnico, sino también altamente político. Por lo tanto, aquélla no es posible sin los elementos esenciales de la correcta gobernabilidad (justicia ambiental) con equidad de género: acceso a la justicia, acceso a la información, acceso a la participación pública, derecho a la toma comunitaria de decisiones y transparencia pública y control ciudadano efectivo. Pero, ¿qué implica en la práctica seguir un programa político-económico orientado hacia la sustentabilidad? Primero, significa toda una *deconstrucción* de la forma actual de concebir el desarrollo o, mejor dicho, de creer que desarrollo es equivalente a crecimiento económico. Significa *deconstruir* las premisas de la llamada *sociedad industrial de consumo* y optar, como indica Karambolis, por la "opción más radical, subversiva y necesaria" de la sustentabilidad. Esto implica una redistribución de la riqueza generada, en un proceso de reducción de la riqueza excesiva acumulada por unos pocos y la satisfacción de las necesidades mínimas (decorosas) de los sectores sociales empobrecidos. Significa una inclusión de los sectores históricamente marginados (campesinos, indígenas, mujeres, jóvenes).

La derecha, o sea el capitalismo, que comprende bien la propuesta del ecologismo social y sabe que va más allá del simple *conservacionismo de áreas silvestres*, por supuesto no la puede aceptar, pues va en contra de sus más caros intereses. Para la izquierda tradicional, que durante mucho tiempo se contentó con prometer algo muy parecido a la sociedad de consumo (aunque con mayor igualdad social), en su crisis ideológica actual ve con recelo nuestras propuestas (o tal vez no quiera entenderlas). Estas miopía y desconocimiento por parte de la población en general estriban, acaso preponderantemente, en la necesidad de negar lo inevitable: que para alcanzar una sociedad más justa, más sustentable, tenemos que admitir no solo la necesidad de la redistribución de la riqueza ya existente sino también la urgencia de la *desmaterialización* de nuestras formas de vida (de consumo), ante lo que John Greer (2004) llama "el arribo de la sociedad desindustrializada". Esto es, debemos prometer una sociedad de la frugalidad, no una de la opulencia.

Muchos estudiosos comparten la opinión según la cual es inevitable que dentro de pocos años viviremos

Gabriel Rivas-Ducca, biólogo, es integrante de Coecoceiba-Amigos de la Tierra Costa Rica.

una situación de amplios e incluso caóticos cambios sociales y tecnológicos debido al llamado *pico de la producción de petróleo*, que Colin Campbell (2004) define como "una discontinuidad económica y política de proporciones históricas".

Partiendo de las premisas planteadas anteriormente, podemos afirmar que Costa Rica no es un país (sociedad) sustentable, aunque podamos encontrar diversos ejemplos de sustentabilidad ya existente como práctica de grupos sociales (campesinos, indígenas, urbanos, femeninos) y personas, resultado de luchas sociales mantenidas a lo largo de muchas décadas, de la resistencia como camino a la sustentabilidad. ¿Por qué hacemos afirmación tan categórica? Porque un análisis detallado de nuestra realidad ecológica, socioeconómica y política -o sea, nuestros indicadores en esos aspectos- nos muestra globalmente una patria degradada y una tendencia más bien negativa en términos generales. El espacio de este artículo no nos permite extendernos con respecto a los indicadores, pero mencionaremos algunos.

Reunión ecologista para manejo comunitario del bosque J. Baltodano

Sobre la sustentabilidad política: como ha quedado demostrado somos un país dominado por clanes con "ética de banda de ladrones", parafraseando a Hinkelammert (2001a). Éstos han procedido a un saqueo sistemático y premeditado del estado, haciendo de la democracia una ilusión. El modelo de democracia representativa ha colapsado y debería de ser substituido por un modelo de democracia participativa, donde la ciudadanía (más allá de los mismos partidos políticos) tomara el control directo y se hiciera responsable de las decisiones que le afectaran, en particular las atingentes al manejo de los recursos naturales (efectivo acceso y control de los recursos naturales). El paternalismo y el clientelismo político se han mostrado como los caldos de cultivo propicios para la más profunda corrupción. Los indicadores sobre evasión fiscal, deuda pública interna y externa, saqueo de fondos estatales y composición deficitaria del presupuesto nacional, entre otros, permiten prever una situación explosiva a corto plazo. La propuesta de entrega y destrucción de lo que resta de los activos estatales y nuestras riquezas naturales vía Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos no hará más que agravar la tendencia indicada (comercio exterior transnacionalizado versus desarrollo del mercado interno).

Al abandonar, siguiendo la corriente neoliberal, la producción de alimentos para consumo nacional en aras de una agricultura de exportación basada principalmente en monocultivos (banano, piña, naranja, melón, etcétera) de alto impacto ambiental y social, Costa Rica no posee ni seguridad ni soberanía alimentarias. El hecho de que deba de importar 80 mil toneladas de arroz y frijoles anualmente debe de considerarse como dramático y preocupante.

Fuera de las áreas protegidas, hemos prácticamente perdido nuestros bosques. En su lugar los grupos en el poder promueven las plantaciones con especies exóticas como teca y melina -y las subsidian o mejor dicho se subsidian a sí mismos, con generosos pagos por servicios ambientales- y el llamado *manejo de bosque*, en lugar de asegurar el pago de los parques nacionales no cancelados y su adecuada atención general (¿posible estrategia para privatizarlos?), fortalecer el programa de corredores biológicos o de promover la restauración ecológica y el verdadero empoderamiento de las comunidades campesinas e indígenas a partir del manejo e industrialización sustentable.

Se promueve una política de transporte basada en el uso del vehículo particular y la concentración de las concesiones de rutas en manos de poquísimos potentados capitalistas, en lugar de diseñar y promover el transporte público a partir de la democratización de esta rama de la economía y su dinamización a partir de la promoción de una visión cooperativista. Se penaliza a quienes proponen un transporte más eficiente en términos de energía, por ejemplo los llamados taxistas piratas o colectivos, y se mantiene una política de explotación de choferes de buses y taxis. Sobre el uso de la bicicleta pareciera que nuestros políticos no tienen ni idea, prueba de lo cual es la ausencia total de ciclovías en el diseño de calles, carreteras y rutas de circunvalación. ¿Y, el tren?

Siguiendo un patrón no sustentable, se ha comenzado paulatinamente a destruir mucho de lo positivo que tuvo, y aún tiene, la propuesta del ecoturismo, inclusi-

ve cayendo ya en odiosas actitudes y exclusiones que calificaríamos de racistas (racismo de clase). Exclusión del turismo nacional por precios y exclusión física por impedimento de continuar con tradiciones como el acampado en las playas. Sin duda, el *polo de desarrollo turístico de Papagayo a Tamarindo* se lleva el premio mayor como paradigma de la prostitución del concepto de desarrollo sostenible.

Pero, ¿por qué todo esto es así? Porque es lo único que tienen para proponer el modelo capitalista en general y el neoliberal en particular. ¿Se pudo haber hecho algo diferente, por ejemplo, en un polo de desarrollo sustentable, con hoteles, cabinas, restaurantes y áreas de acampado pequeños y locales, bien acoplados al ambiente, teniendo como propietarios y dueñas a las familias campesinas de la zona, con prohibición de campos de golf? Sí, pero no dentro del marco político actual de dominación.

Costa Rica, país sustentable. Sin duda es y será un tema fundamental. Y más aun en el futuro cercano, en medio de la enorme crisis social y política que se avecina, donde los ecologistas sociales esperamos que las fuerzas políticas alternativas sean capaces de crear ese otro modelo de desarrollo necesario, el sustentable, y no simplemente de prometer un crecimiento económico ilimitado, falso y desmoralizador por inalcanzable, y que también sean capaces de construir junto a quienes ya están en marcha.

Referencias bibliográficas

Campbell, C. 2004. *The Coming Oil Crisis*. Multi-Science Publishing Co. Ltd, UK.
Greer, J. "The Coming of Deindustrial Society: A Practical Response", en www.oilcrisis.com/whatToDo/DeindustrialAge.htm, 2004.
Hinkelammert, F. "El cálculo del límite de lo aguantable y la ética de la banda de ladrones", en *Ambientico* 88, enero 2001(a).
Hinkelammert, F. "El derecho a la vida decorosa", en *Ambientico* 90, marzo 2001(b).
Karambolis, A. "Entre el capitalismo radical y una izquierda miope: el discurso vacío de lo sostenible", en www.rebelion.org/noticia.php?id=7342, 9-11-2004.
Mora, M. "Sostenibilidad económica y principios de lógica holística", en *Ambientico* 46, noviembre 1996.
Shiva, V. 2002. *WSSD: World Summit on Sustainable Development or World Summit for Supporting Destruction?* World Summit on Sustainable Development, Johannesburg.

SUSCRIPCIÓN ANUAL
12 ejemplares: ¢ 4.000

AMBIENTICO

Periodo suscripción: desde_____hasta_____
(mes) (año) (mes) (año)

Forma de pago: ___ en efectivo, o ___cheque a nombre de Fundación UNA o ___depósito en el Banco Nacional a nombre de Fundación UNA cuenta 131580-3, y enviar copia de boleta de depósito al fax 277-3289 (si se hace transferencia por internet, anotar como "oficina" la No. 000)

Nombre:_____
Teléfonos: Oficina:_____Casa:_____Celular:_____
Fax:_____Correo electrónico:_____
Correo postal (para envíos):_____
_____

[Enviar este cupón o la información solicitada al fax 277-3289 o comunicarse con el 277-3688 o con ambientico@una.ac.cr]

10 años de ecologismo tico: soñando y empujando

JAVIER BALTODANO E ISAAC ROJAS

A la memoria de María del Mar Cordero,
Óscar Fallas, David Maradiaga y Jaime Bustamante

Entre 1992 y 1994 la Asociación Ecologista Costarricense - Amigos de la Tierra Costa Rica (Aeco), en conjunto con organizaciones locales de la Península de Osa en el sur del país, desarrolló una fuerte campaña de denuncia y oposición al proyecto que la compañía transnacional Ston Container pretendía llevar a cabo en esa región del país. Dicha empresa proponía sembrar unas 20.000 hectáreas, en monocultivo, del árbol *Gmelina arborea* como materia prima que abastecería un complejo industrial de producción de chips que a su vez serían exportados hacia Estados Unidos en buques de hasta 70.000 toneladas. El complejo industrial y el puerto se proponían ubicarlos en el corazón del Golfo Dulce, en una de las zonas costeras mejor conservadas y de mayor diversidad biológica del país.

Esa campaña tuvo dos grandes logros. Por un lado, se evitó que ese enclave fuera llevado a cabo, ya que se demostró que estaba escasamente planificado, era ajeno a la realidad y a las perspectivas sociales de la zona y tendría impactos negativos sobre las comunidades locales y el ambiente. No poseía, en fin, ningún carácter de sustentabilidad. De esta forma se evitó la incidencia negativa sobre los hábitats, la belleza y los recursos del Golfo Dulce. Por otro lado y como segundo logro, esta campaña facilitó y llamó la atención para que una diversidad de sectores sociales del país iniciaran una reflexión nacional sobre los modelos de desarrollo, la sustentabilidad y el derecho de las comunidades locales a planificar, controlar sus recursos y definir su futuro.

Antes de la campaña contra Ston, el sector ambientalista costarricense se limitaba a una serie de labores ligadas a la conservación de áreas protegidas y a la protección de la vida silvestre. En contadas ocasiones también llamaba la atención sobre la producción y el manejo de desechos sólidos. Era básicamente un sector pequeño, tímido y hasta cierto punto aislado dado que no estaba ligado a otros movimientos populares en forma permanente. En pocas ocasiones llevó a cabo luchas socioambientales. Con la campaña contra Ston por lo menos una parte del sector ambientalista se empezó a perfilar como movimiento popular y tomó un rumbo nuevo nutriéndose de los conceptos de la ecología social y de la economía ecológica al tiempo que construyó alianzas con otros sectores populares y emitió opiniones y propuestas sobre la realidad nacional. Fue en ese momento cuando se gestó el embrión del movimiento ecologista, caracterizado entonces ya como una fuerza social que encara la crisis ambiental desde una perspectiva social, económica, cultural y política realizando propuestas sobre el modelo de desarrollo.

En la campaña contra Ston se identifican inicialmente algunas características que han ido definiendo al movimiento ecologista. Por ejemplo, esta campaña desde su inicio señaló la contradicción entre el modelo de desarrollo que se estaba imponiendo y la visión de vida que se planteaban los vecinos y vecinas de la zona. Por supuesto, los delfines, ballenas y corales que habitan el Golfo ocupaban un lugar muy importante en toda esta reflexión, lo mismo que los bosques tropicales, los humedales y las parcelas campesinas de la Península de Osa. Esa campaña, entonces, se dedicó desde el inicio a recoger el sentir de las comunidades frente al proyecto de desarrollo impuesto y a fortalecer la capacidad organizativa de ellas mediante tres acciones: (1) facilitar espacios de discusión y reflexión sobre el uso de los recursos naturales ubicados en ese territorio y sobre las expectativas de desarrollo de las comunidades locales; (2) facilitar la búsqueda e interpretación de la información disponible sobre los modelos de desarrollo en que se enmarcaba el proyecto Ston y sobre el propio proyecto y sus alcances, y (3) facilitar el análisis de posibles impactos y su relación con los modos de vida propuestos por las comunidades.

Asimismo, esa campaña abrió espacios de incidencia política y de participación a nivel nacional y logró, por ejemplo, involucrar en la discusión a algunos diputados e instituciones públicas -como la Contraloría General de la República y el Ministerio del Ambiente. También identificó sectores campesinos e indígenas como aliados naturales de las propuestas y la discusión ecologista. En fin, con esa lucha se empezó el largo camino que existe entre la democracia representativa dirigida por los espacios de poder tradicionales y una nueva democracia participativa en la que las comunidades locales empiezan a ejercer mayor poder.

Javier Baltodano e Isaac Rojas, biólogo y abogado, son miembros de Coecoceiba-Amigos de la Tierra Costa Rica.

Para Costa Rica y el movimiento ecologista la campaña contra Ston Container tiene además un significado afectivo y simbólico especial pues justo cuando ésta se resolvió exitosamente tres jóvenes ecologistas que habían participado en forma activa en la misma murieron en un incendio inusitado en su casa de habitación. Los partes policiales y del organismo oficial sobre incendios no lograron definir las causas del mismo y más bien plantearon grandes dudas. Para terminar de agravar el asunto, justo siete meses y siete días después, otro joven ecologista murió de manera misteriosa y su cuerpo fue encontrado en un parque de San José ubicado frente a las mismas oficinas de la empresa Ston Container.

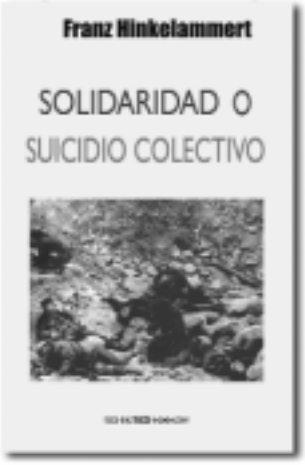
A diez años de estos acontecimientos, el ecologismo ha desarrollado, siguiendo los mismos lineamientos que orientaron la campaña contra Ston, luchas no menos importantes. Entre 1993 y 1995 se desarrolló otra intensa campaña contra Ticofrut, empresa de capital mixto que maneja una megaplanta de procesamiento de naranja y que en su operación contaminaba severamente las aguas cristalinas del río Aguas Zarcas en la Zona Norte. En un trabajo conjunto con varias organizaciones campesinas locales y de diversas fuerzas del cantón de San Carlos se obligó a esa empresa a construir una planta de tratamiento adecuada para limpiar sus aguas de desecho. De igual forma y en un trabajo de acompañamiento a organizaciones campesinas, comunitarias, ecologistas y otras fuerzas, desde 1995 hasta cuatro años después, se logró detener proyectos de minería de oro a cielo abierto que se proponían desarrollar en el país. Esta campaña logró no solo posicionar el tema como un punto importante de la agenda nacional sino también alcanzar alianzas importantes con organizaciones campesinas, indígenas y religiosas, y permitió, asimismo, el inicio de una relación intermitente con grupos sindicales nacionales y una gran incidencia en el ámbito político y ante los medios de comunicación. Igualmente marcó el comienzo de un importante vínculo con movimientos internacionales: el Pacto de Acción Ecológica fomentó un diálogo y una acción conjunta con organizaciones ecologistas sudamericanas, llevándose propuestas a organismos internacionales conformados por grupos que resisten el modelo de desarrollo dominante -como Amigos de la Tierra Internacional y Oilwatch. Además se empezó a realizar labores conjuntas y de acompañamiento con grupos internacionales campesinos -como Vía Campesina. A partir de la Ley Forestal de 1996, el ecologismo incursionó en el campo forestal denunciando serias irregularidades en la explotación maderera tanto a nivel ambiental como social, y en conjunto con organizaciones campesinas e indígenas inició la investigación de propuestas técnicas y de metodologías para abordar la problemática del bosque tropical y su aprovechamiento desde una perspectiva artesanal y campesina. A lo largo de estos años surgieron propuestas campesino-ecologistas sobre modelos de restauración del bosque tropical como alternativa socialmente más justa y ambientalmente más sana a la expansión subvencionada de los monocultivos de árboles.

Durante los primeros años de esta década, el movimiento ecologista participó, en alianza con organizaciones y comunidades locales, en las luchas que lograron detener las propuestas de explotación petrolera en el Caribe costarricense y se involucró en el acontecer energético del país participando también de lleno en contra de las propuestas de privatización del sector, así como convocando a una reflexión nacional sobre los modelos de consumo y desarrollo energético del país. De igual forma incursionó en la discusión sobre políticas en biodiversidad participando en la construcción de la actual Ley de Biodiversidad y colaborando estrechamente con la construcción de los derechos que tanto pueblos indígenas como comunidades campesinas poseen sobre el conocimiento tradicional relacionado con la biodiversidad. Asimismo, se posicionó como un actor importante en la discusión sobre el modelo de comercio exterior, brindando posiciones importantes en la discusión nacional, estrechando alianzas con diversas organizaciones populares en torno a la reflexión, estudio y oposición a las políticas neoliberales y su propuesta principal: el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos.

Existen varias otras iniciativas, campañas y espacios donde el ecologismo se ha ido desenvolviendo: participación en instancias de toma de decisiones (subcomisiones legislativas, comisiones donde se toman decisiones políticas, junta directiva del Fondo Nacional de Financiamiento Forestal, etcétera); creación de agendas de trabajo con miras a la construcción de un modelo de desarrollo sustentable junto a sindicatos y grupos campesinos; acompañamiento a diversas luchas populares más allá de la cuestión estrictamente ambiental, y participación en propuestas políticas como la inclusión de un capítulo en la Constitución Política sobre garantías ambientales.

A LA VENTA

[Información y pedidos: 2773688; ambientico@una.ac.cr]



Naturaleza: signo de identidad entre poaseños

MAYNOR MORA

Antes de ingresar al Parque Nacional Volcán Poás uno sabe que *está ahí*. Grandes letreros, letreros pequeños, negocios de todo tipo (grandes y chicos) anuncian la proximidad de la *naturaleza*. Al entrar al Parque, todo resulta ordenado y en su sitio: la forma de pago, el método de parqueo de los vehículos (a cargo de la Cruz Roja del cantón de Poás), la disposición de los senderos y, por ende, la mejor forma de disfrutar de la observación y degustación de las bellezas escénicas.

Si uno visita el Parque en época lluviosa y, por motivo de la baja y densa nubosidad, no puede observar directamente el cráter principal, se tiene acceso a fotos panorámicas del mismo, a videos, y otros simulacros que, en lugares estratégicos, muestran al público cómo es el Volcán en su máximo esplendor. Se puede decir, inclusive, que la realidad se queda corta ante el poder de la imagen. Pero, lo mejor es visitar el coloso durante la época seca, a primera hora, cuando el sol invade al cráter más grande del planeta, y se proyecta contra el verde-celeste impoluto de sus aguas sulfurosas y ácidas.

Pese a que la entrada principal al Volcán está asfaltada, la primera impresión que el turista tiene es que la naturaleza se salta rebelde este impedimento, invadiendo la vía. Lo cual requiere de la "tala" permanente de los tallos más agresivos, principalmente de las gigantescas hojas de la "sombrilla de pobre", una de las especies más representativas del bosque nuboso en general y del Poás en específico.

La impresión inmediata al arribo incluye, pues, la evidencia del poder natural, que no se detiene ante barreras humanas, su prodigalidad y exuberancia, su ancestral impulso hacia el dominio renovado de la vida. Hecho también manifiesto en la caída permanente y la erupción espontánea, desde paredes, árboles, suelo, de grandes cantidades de agua que, lejos de fastidiarnos como en las historias del realismo mágico con la necedad del trópico húmedo y asfixiante, nos envuelve en una especie de fluir vital, de exhalación palpitante, que arroba al visitante, y le induce, sin duda, a plantearse la certeza de la hipótesis *Gaia*, el planeta vivo.

El camino a la Laguna Botos, uno de los principales senderos del Parque, está elegantemente encascotado, por lo que ya no se tiene que luchar con el barro y sufrir posibles caídas al tropezar con los troncos que hace años fungían como parte del sendero. (Ahora estos troncos están amontonados a los lados, sometidos al poder implacable de los elementos.) Digamos que esto es parte de una estrategia de la prisa: en mis primeras visitas al Parque, el camino a Botos era pesado, largo. De pronto, uno se sentía como turista belga o austriaco, demasiado "cerca de la acción" (sin haber pagado los doscientos o trescientos dólares respectivos de un "lodge", incluyendo el derecho a embarrialarse soberanamente).

Hoy el visitante se siente, más bien, como si transitara por los pasillos del Louvre, con el suelo seguro bajo los pies, con posibilidad de mirar más fácilmente la ardilla que, sin ningún temor, busca comida indiferente ante los observadores humanos, el dosel asombroso que se forma sobre el sendero, al enmarañarse el bosque nuboso, y la caída mágica de la lluvia desde los líquenes y las epífitas. Gozando así del derecho a sentir que se está en algún bosque exótico, quizás neocelandés, casi propio de los paisajes boscosos en *El Señor de los Anillos*. La presencia de los elfos es casi real. Pero todo es también más rápido, más ordenado, más seguro, más mediático.

El sendero encascotado hacia Botos tampoco viola del todo la integridad natural. Su color y textura evidencian el uso de materiales volcánicos. A los lados, se puede tener, además, alguna experiencia sobre geología elemental, al ser testigos de cómo las paredes del suelo registran la historia volcánica: capas internas de cenizas y, sobre éstas, materiales más consistentes como arena volcánica y piedra. La diversidad y poco espesor de los estratos certifican la fuerte y recurrente actividad del Volcán, su perpetuo movimiento, y la promesa de futuras y poderosas erupciones.

En el camino a Botos, uno se encuentra con turistas de todo el mundo. El encascotado se convierte en una carretera, la diferencia es que el final de la misma no es solo el punto de llegada (también maravilloso), sino ante todo, el tránsito. La gente se entrecruza, en un perpetuo fluir de las nacionalidades, los gritos de asombro en los más variados idiomas, los tonos de la piel, la diversidad de la ropa. La gente camina por el sendero en grupos: amigos, grupos escolares, colegiales o universi-

Maynor Antonio Mora es subdirector de la Escuela de Sociología de la Universidad Nacional.

tarios, familias. No faltan las parejas románticas que, en medio de la belleza paradisíaca del bosque nublar, ven renovados sus votos de amor. Hay quienes llegan individualmente, otras personas acceden en exclusión: La forma social del disfrute natural es diversa.

Los turistas no llegan hasta el Poás por la libre, sino con un derrotero prefijado, que les ordena su visita. Y no se trata, simplemente, de la diferencia entre una visita guiada y una sin "guía", sino de la existencia de un plan. Para algunos, mojarse con la permanente precipitación es un raro privilegio, pero parte expresa de un proyecto de encuentro con lo natural. En otros casos, más bien, la necesidad se concentra en registrar visualmente la experiencia: cámaras fotográficas digitales, cámaras de video, celulares capaces de reproducir imágenes. Es clara la necesidad de llevarse virtualmente el bosque para después recrear lo vivido o mostrarlo a otras personas, familiares, vecinos, conocidos o compañeros de trabajo. Es decir, la experiencia no se agota en el momento real de la visita, sino que puede extenderse a otros momentos fuera del tiempo real. Esto es lo que permite la tecnología: la reconstrucción visual y mediática de la naturaleza, la continuidad entre experiencia, imagen y memoria.

En todos los senderos del Poás, la biología está registrada con gran precisión. Las más representativas especies nativas, vegetales y animales, cuentan con su nombre ("vulgar" y científico) estampado en madera curada, inmune a la humedad, lo que indica que entomólogos, zoólogos, botánicos, ornitólogos, etcétera, cumplen bien con su trabajo, siendo éste popularizado en parte y permitiendo revelar los secretos naturales al público: la biología resulta en el Poás una experiencia controlada y asequible al neófito.

Hace quince años mi profesor de biología nos aseguraba a las y los estudiantes boquiabiertos, de una de tantas excursiones colegiales, que la rana o sapo de Holdridge, especie endémica del Poás, estaba en peligro de desaparición. En mi última visita, no tuve información sobre esta especie (si desapareció o no) pero pude conocer detalles generales de otras especies y amarrar algunos conocimientos profanos sobre la ecología del lugar: la diversidad me impidió pensar en una especie en concreto ni en sus derroteros evolutivos.

Simultáneamente, las indicaciones generales del Parque nos previenen que la naturaleza tampoco es un poder domado o sujeto a la voluntad. El Volcán es una figura también del miedo, un poder oculto en las entrañas de la tierra (al auspicio de Vulcano y otras deidades terrestres), que podría explotar en cualquier momento. Sin embargo, la vulcanología no deja de ser una ciencia exacta que, por suerte, puede predecir el desastre, y evitar a turistas y pobladores una experiencia catastrófica.

Los lectores de gases (principalmente del radón), sismógrafos, y otros equipos permiten el monitoreo permanente de la actividad volcánica. Por lo que, de encontrarse algún signo de posible erupción, habría sin duda tiempo para evacuar o, simplemente, cerrar la entrada al público. Esta situación ya ha sucedido antes, siendo controlada eficazmente por los protocolos de seguridad. En todo caso, el Volcán Poás sigue siendo uno de los pocos volcanes activos del planeta a los que, literalmente, se puede acceder por carretera en bus, tocar con solo extender la mano y "respirar" directamente.

Al descender de Botos, a uno le espera el "centro industrial" de descanso, otro "coloso", pero esta vez de hormigón y cemento. Ahí se puede comprar souvernirs, disfrutar de un capuchino o un expreso, departir y reconstruir emocional y menos ajetreadamente la experiencia, antes de regresar por fin (y quizás a disgusto) a la atestada ciudad o al país de origen.

En el camino de regreso también se puede disfrutar de atenciones y sitios secundarios de observación que los habitantes del Cantón de Poás han creado para los visitantes: hoteles, restaurantes, tiendas de artesanías, bares, museos, bosquecillos privados, ganaderías "ecológicas" y, en definitiva, una comunidad y unos ecosistemas rurales ordenados por la estructura y el lenguaje mismo de la naturaleza. La naturaleza ha devenido signo. Su lenguaje, por extraño que parezca, es el que dicta ahora el orden de lo social.

Los pueblos y habitantes en las cercanías del Parque Nacional Volcán Poás han interiorizado a su manera el discurso de la naturaleza. Para ellos el Volcán deja de ser, como en otros tiempos, un fenómeno cotidianamente transparente y, por ende, deja de ser algo prescindible. Hoy es parte necesaria de sus vidas y de sus modos de supervivencia.

Para las comunidades del cantón Poás, el discurso ambiental no es tampoco un simple discurso teórico, sino una opción de vida, que lleva a una forma específica y práctica de "gestión local de la naturaleza". La frontera agrícola se ha detenido, retrocediendo, además, con fuerza asombrosa. Es ahora el bosque el que regresa a su ancestral morada, ante el beneplácito de los pobladores. El bosque se explaya verde, magnífico, abrazando beatíficamente a quienes otrora le derribaran: la naturaleza no resulta, pues, estrictamente vengativa, como prometieron algunas visiones y movimientos apocalípticos de la ecología. La naturaleza, al contrario, se ha empotrado en la comunidad como valor económico y como signo de identidad.

¿Qué ocurrió en Costa Rica entre los años setenta (década en que se creó el Parque Nacional Volcán Poás) y la actualidad para que se haya dado este proceso de penetración social profunda y real del discurso conservacionista? Va-

le decir: ¿bajo el concurso de qué variables el discurso de la naturaleza pasa desde una postura indiferente a la protección, conservación y uso ecológicamente racional de los recursos ambientales a una postura fenoménicamente contraria, principalmente conservacionista?

No es mi interés hacer una historia del conservacionismo costarricense (el ala quizás más fuerte del discurso ambiental nacional), sino solo esbozar algunas hipótesis que permitan orientar futuras reflexiones e investigaciones empíricas sistemáticas:

1. En los últimos treinta años en el país se dan cambios sustantivos en la relación sociedad-naturaleza: Por un lado, la economía expansionista agropecuaria entra en franca crisis chocando frontalmente tanto con la disponibilidad de recursos naturales (lo cual auguraba, en todo caso, un techo insalvable de los sistemas locales de producción) como con la caída de la demanda global e interna de mercancías agrícolas y pecuarias, especialmente del café, la carne vacuna, el banano y los granos básicos.

2. El colapso de las sistemas agropecuarios de producción, aunado al posicionamiento internacional competitivamente ventajoso del país respecto del turismo (ligado a variables históricas nacionales: expansión del sistema educativo, consolidación internacional de una imagen políticamente estable del régimen democrático, variabilidad cuantitativa y cualitativa de sus ecosistemas rurales y recursos paisajísticos, crecimiento paulatino de los sistemas internos de comunicación y transporte), genera un cambio en la condición real y simbólica de los recursos naturales, ahora mutados en recursos económicamente rentables desde el punto de vista de su integridad ecológica. Es decir, el vector económico deviene, coyunturalmente, identidad con los objetos puros de la naturaleza.

3. El cambio en la relación material entre la producción de riqueza y los objetos de la naturaleza supone, simultáneamente, un cambio en la percepción simbólica de esta última en el plano de las comunidades rurales, las cuales se ven en alguna medida beneficiadas por el turismo. La naturaleza se convierte en una estructura de identidad que permite articular nuevos discursos del "desarrollo" o, cuando peor, de la "supervivencia", que antes carecían de apoyo cultural efectivo pero que, en su forma teórica, estaban ahí (digo nada más: todas las formas de la "rebeldía ambiental", discursos de la conservación, la sustentabilidad, la sostenibilidad y, finalmente, el etéreo "desarrollo sostenible").

4. La lenta penetración de los discursos de la naturaleza en todo el periodo (desde la disidencia *ambientalista* civil hasta una clara política estatal) dio soporte a la articulación de distintas y complejas formas de protesta social ante el modelo agroexportador (y luego el industrialista) así como potenció lentos pero sistemáticos procesos de creación de conocimiento desde las ciencias naturales (y tardíamente las ciencias sociales) que han fundamentado desde un punto de vista teórico, pero principalmente político e ideológico, la conservación, desde el plano de las instituciones del estado (universidades, ministerios del Ambiente y de Agricultura), y desde la llamada sociedad civil; constituyendo, finalmente, tejido social alrededor de lo que podemos denominar *estilo conservacionista de uso y gestión social de la naturaleza*.

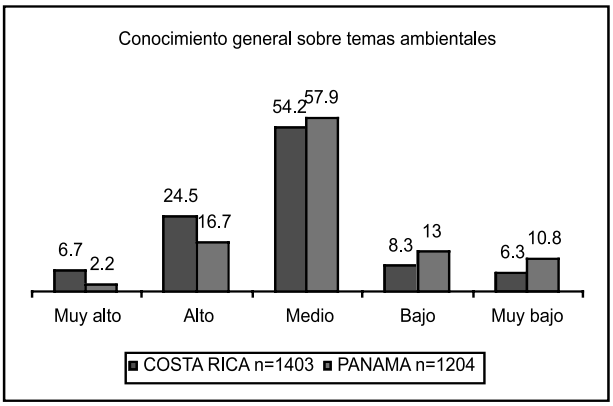
EISENSCHINK

Valores ambientales de ticos y panameños

VALERIA LENTINI

La interacción del ambiente con las personas, el conocimiento sobre la problemática del deterioro y manejo sostenible de los recursos naturales, la actitud y responsabilidad que la población asume, así como los móviles para lograr cambios en estilos de vida y consumo, fueron algunos de los grandes tópicos que guiaron la encuesta nacional sobre valores ambientales de los ciudadanos, realizada por Unimer. Tal encuesta fue hecha a costarricenses y panameños de entre 16 y 65 años: entre el 5 y el 20 de agosto de 2002 en Costa Rica, con una muestra de 1.403 personas; y entre el 11 y el 25 de octubre de 2003 en Panamá con el mismo número de entrevistas. El estudio incluye varios elementos de análisis que, interrelacionados, aportan información relevante y sin precedentes para entender cómo se construyen y manifiestan los valores de los costarricenses y los panameños en torno al ambiente. A continuación un resumen de cada una de las dimensiones evaluadas y la comparación de resultados entre Panamá y Costa Rica:

• Grado de *conocimiento* sobre los problemas del ambiente: tanto en Costa Rica como en Panamá muchos conocen sobre estos problemas, pero la mayoría tiene un conocimiento medio sobre su importancia, causa y consecuencias en aspectos más específicos y *locales*. El nivel de conocimiento es ligeramente superior en la población costarricense.

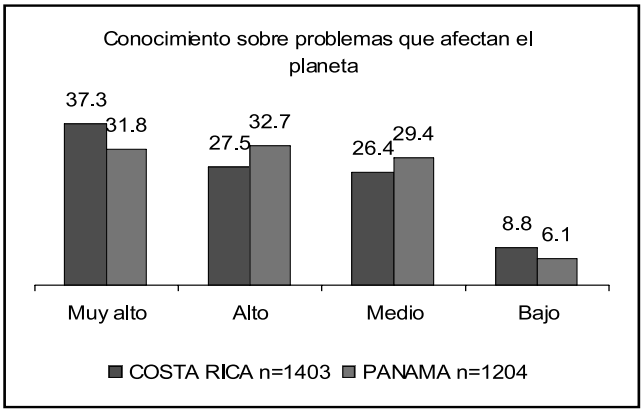


• Grado de *preocupación*: seis de cada diez costarricenses están preocupados en alguna medida acerca de los problemas que conlleva el deterioro del ambiente y sus riesgos, esta proporción se reduce a cinco de cada diez panameños. A su vez, tanto en Panamá como en Costa Rica, siete de cada diez sienten algún grado de *responsabilidad* por este deterioro. Por otra parte, a pesar de sufrir los efectos de la contaminación en el lugar donde viven, el 66 por ciento de costarricenses juzga positivamente su lugar de residencia, pero más de la mitad considera que la calidad del ambiente en Costa Rica está empeorando (53 por ciento). En Panamá la calificación es menos positiva o más crítica en torno al ambiente donde se vive (48 por ciento lo califica positivamente), pero es menos crítica en lo referente a cómo evoluciona la calidad del ambiente en Panamá (48 por ciento considera que está empeorando). En ambos países, los jóvenes son significativamente más rigurosos al evaluar el ambiente local y nacional.

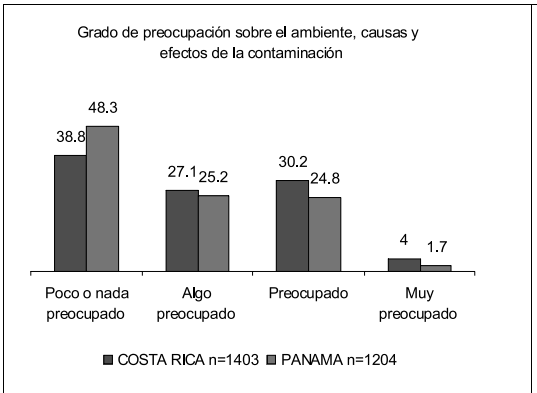
• Grado de *acción*: en ambos países el 60 por ciento de la población hace un manejo parcialmente responsable a favor del ambiente, pocos actúan responsablemente de manera habitual (en Costa Rica ligeramente más que en Panamá). También hay coincidencia en que las acciones emprendidas individualmente por las personas son las que requieren menos esfuerzos personales. Por ejemplo, apagar las luces cuando no se utilizan, cerrar el tubo mientras se lava los dientes y reutilizar bolsas plásticas, entre otras.

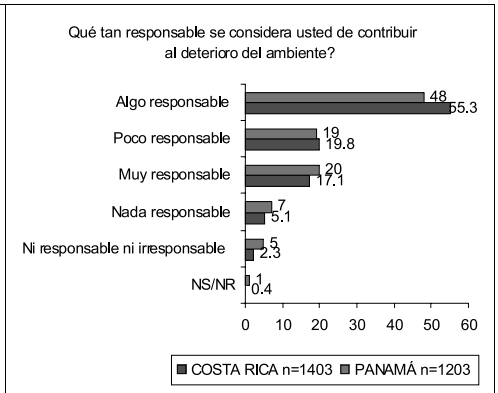
• Tanto en Costa Rica como en Panamá más personas reconocen al gobierno y a los ciudadanos su esfuerzo en la conservación del ambiente. Sin embargo, en Panamá este reconocimiento es menor en esos grupos y la Anam se ubica en el primer lugar. En ambos países cuatro de cada 10 considera que todos somos responsables de la contaminación, y en el caso de las empresas privadas en Costa Rica se las responsabiliza en mayor grado que en Panamá.

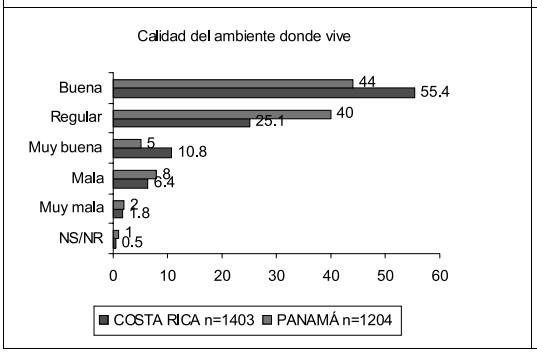
• Grado de *disponibilidad* para cambiar o contribuir para mejorar el manejo de los recursos: mientras que en Costa Rica tres cuartas partes de la población muestra algún grado de disponibilidad para cambiar estilos de vida y consumo con el fin de conservar el ambiente, en Panamá el porcentaje se reduce a 54 por ciento.

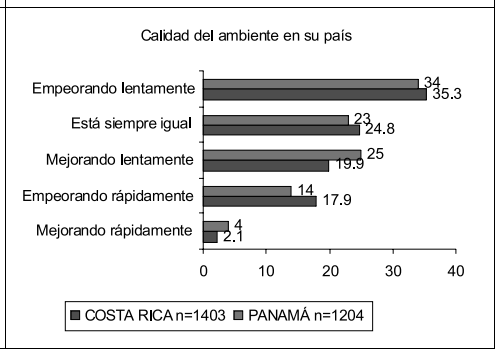


Valeria Lentini, economista, es directora del Proyecto de Valores Ambientales de los Costarricenses, de Unimer Research International.









• *Importancia* relativa del deterioro del ambiente: tanto en Panamá como en Costa Rica, a pesar de las diferencias entre problemas nacionales de mayor relevancia, el deterioro del ambiente no está entre los prioritarios. También se observa una coincidencia en el perfil de los ciudadanos que lo consideran un problema importante. Las personas que habitan fuera de la Gran Área Metropolitana (Gam) costarricense o fuera de Ciudad de Panamá le dan mayor importancia al problema del deterioro que el resto de la población.

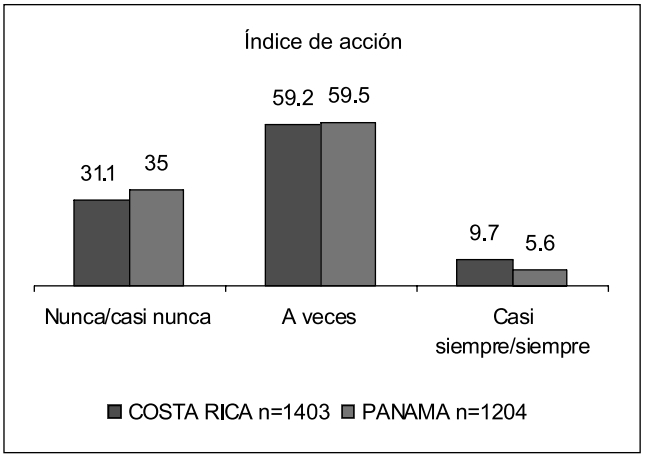
• Los *problemas concretos* o prioritarios dentro de la problemática ambiental muestran algunas diferencias entre los países estudiados. Aunque contaminación de ríos y aire son importantes en Costa Rica y Panamá, en este último país más personas consideran que el aire está más afectado que el agua y viceversa en Costa Rica. En Costa Rica se menciona también la tala de árboles y el mal manejo de la basura, y en Panamá la contaminación de la bahía.

• La mayoría de los costarricenses y los panameños no tiene una posición extrema en torno al antagonismo que puede existir entre progreso y preservación del ambiente, más bien la posición de la mayoría es que pueden coexistir (son "algo compatibles"). Sin embargo, en Panamá el grupo que considera que son incompatibles es significativamente mayor que en Costa Rica.

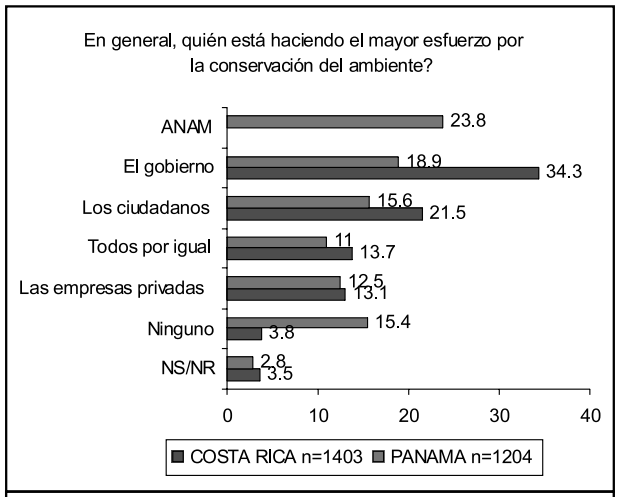
• El estudio en ambos países revela que existe una relación significativa entre el grado de conocimiento de las personas sobre la problemática ambiental y la preocupación que ésta les genera.

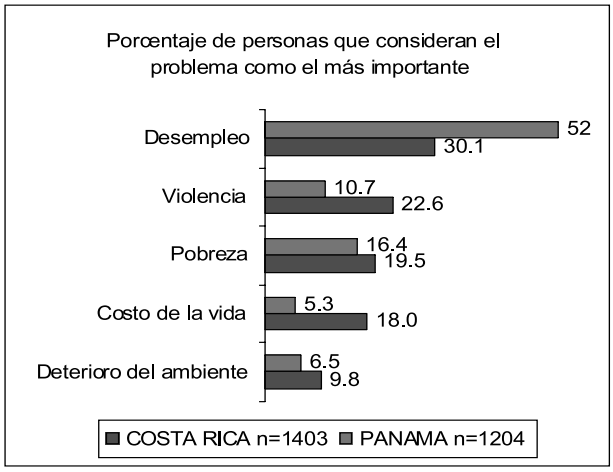
• En Costa Rica, la frecuencia con que las personas emprenden acciones en procura de minimizar los efectos adversos sobre el ambiente es mayor conforme aumenta el grado de conocimiento sobre el tema, pero esta relación no se evidencia en Panamá.

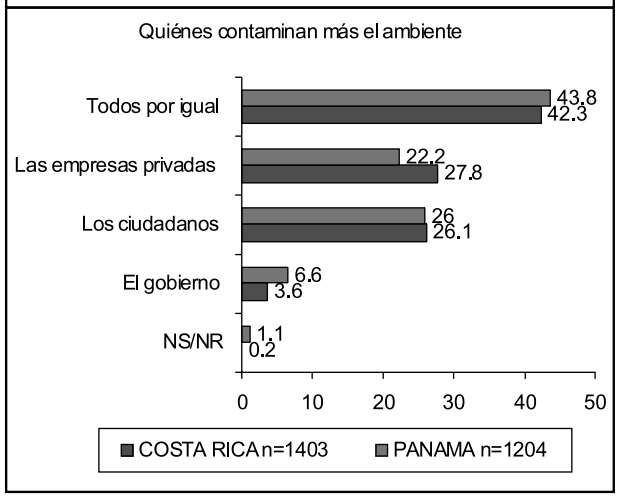
• Por otra parte, en Costa Rica se evidencia una relación entre el comportamiento que las personas tienen y su disponibilidad para cambiar hábitos, estilos de consumo y para pagar precios más altos por cuidar el ambiente. En Panamá no se observa estas relaciones. En Costa Rica queda más clara, entonces, la interrelación entre conocimiento, preocupación y acción, todos elementos del mismo círculo virtuoso donde quedan claras las oportunidades para influir en alguno de ellos, aumentando el conocimiento y generando también las condiciones para que la disponibilidad expresada por la mayoría se traduzca en acciones.

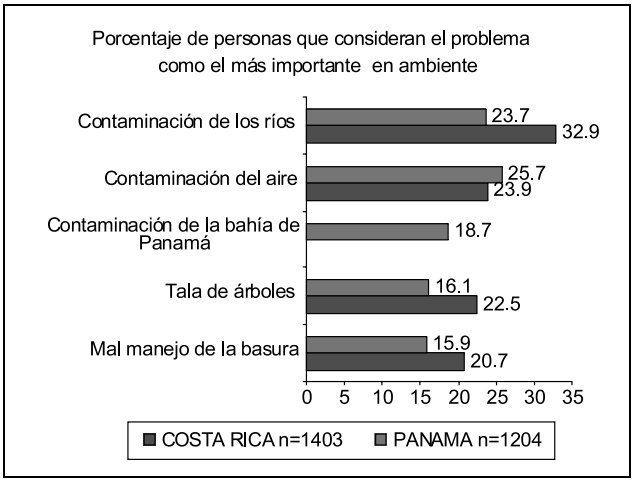


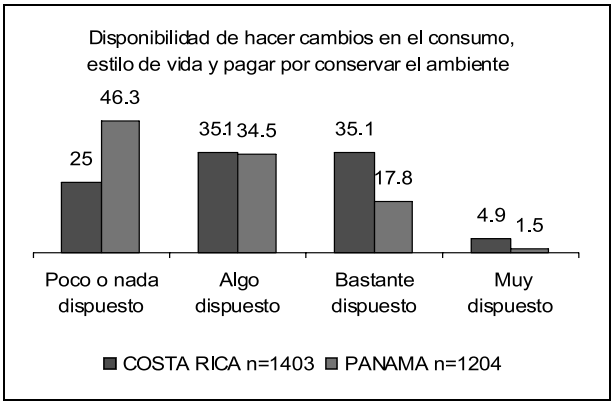
• Los segmentos poblacionales identificados en Costa Rica y Panamá muestran que el interés individual de ahorrar para ajustarse a una restricción económica personal o familiar también influye en decisiones de reciclaje y ahorro energético. Siendo los problemas económicos los que afectan a la mayoría de la población, los estilos de vida con patrones de consumo más austeros, razonados o informados tienen un impacto indirecto positivo en la conservación.

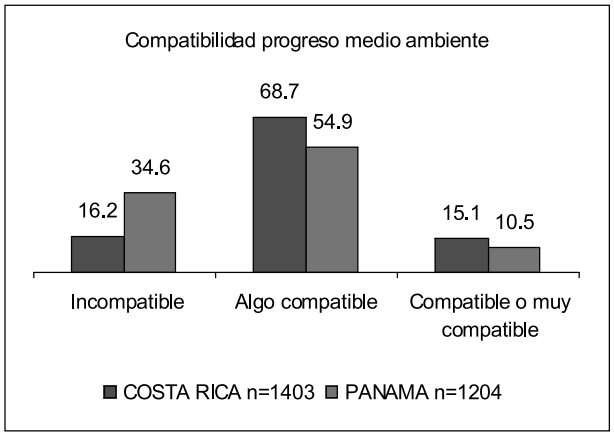




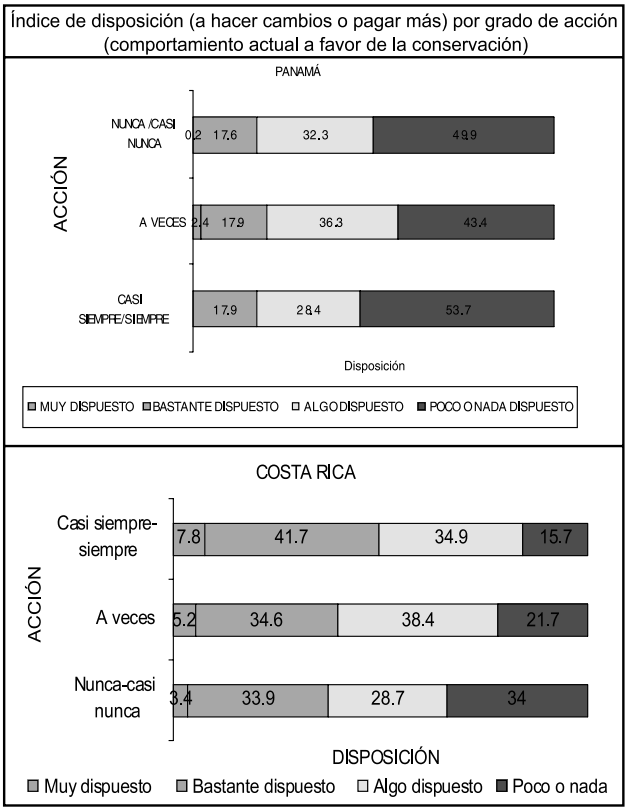


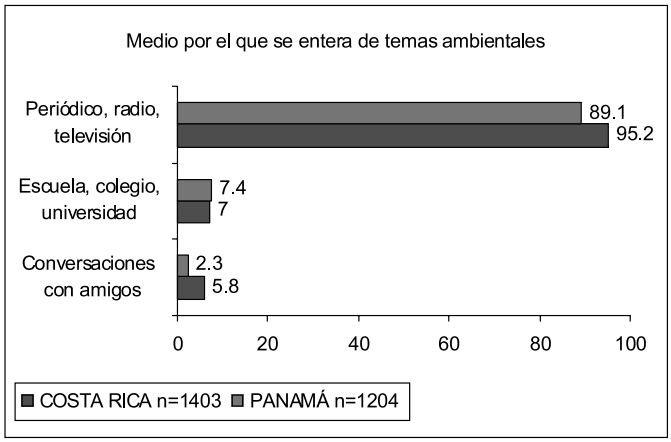






•En Costa Rica el nivel educativo formal es un factor altamente relacionado con el conocimiento sobre ambiente y con un comportamiento más responsable hacia el manejo de los recursos, no tanto así en Panamá. Sin embargo, la encuesta demuestra que en ambos países el conocimiento (información) sobre temas relacionados con el ambiente es adquirido no tanto por la educación formal sino, principalmente, a través de los medios de comunicación colectiva.

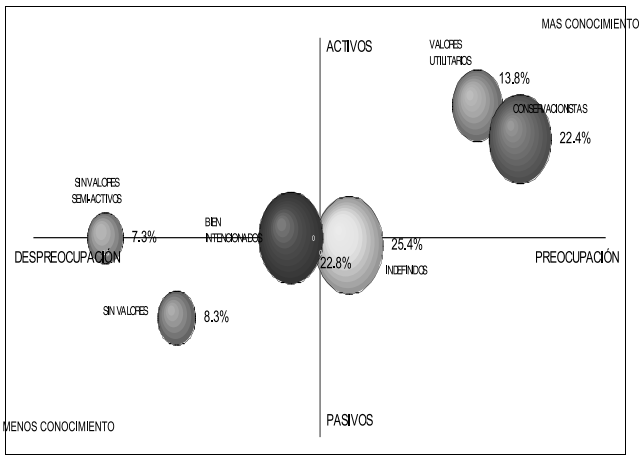




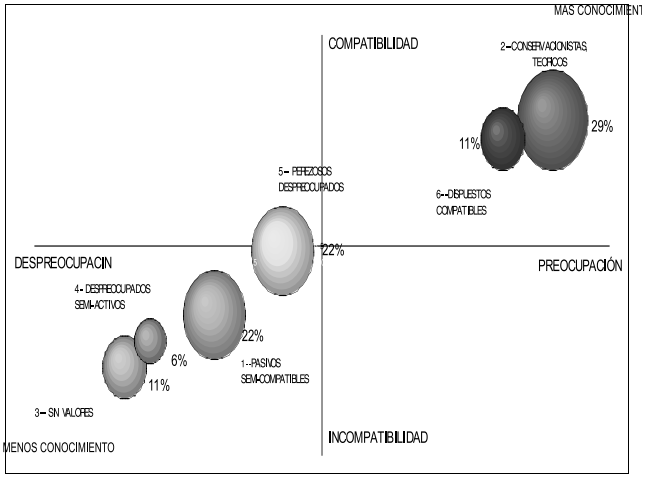
En la segmentación de las poblaciones costarricense y panameña con base en sus valores ambientales, realizada mediante el uso de modelos matemáticos, cada segmento se diferencia por su grado de conocimiento general del ambiente, su nivel de preocupación al respecto, sus comportamientos en procura de disminuir el deterioro ambiental, su grado de disposición al cambio de estilos de vida y consumo y por la percepción de la responsabilidad personal que se asignan en el deterioro del ambiente. Sin embargo, los ejes sobre los cuales se definen estos grupos varían en ambos países. Mientras en Costa Rica los ejes son: preocupación, acción y conocimiento, en Panamá sobresale: conocimiento, preocupación y percepción sobre compatibilidad entre progreso y ambiente. En Panamá, el índice de acción no contribuye al modelo ni muestra relación con el resto de las variables. Con el ejercicio de segmentación se conformaron seis grupos de ciudadanos en cada país:

Costa Rica	Panamá
1. Valores utilitarios (13,8 %) 2. Conservacionistas (22,4 %)	1. Dispuestos compatibles (11,0 %) 2. Conservacionistas teóricos (29,0 %)
3. Bien intencionados (22,8 %) 4. Indefinidos (25,4 %)	3. Pasivos semi-compatibles (22,0 %) 4. Perezosos despreocupados (22,0 %)
5. Sin valores (8,3 %) 6. Sin valores-semi-activos (7,3 %)	5. Despreocupados semi-activos (6,0 %) 6. Sin valores (11,0 %)
Gráfica: Eje norte-sur: acción Eje este-oeste: preocupación Eje noreste-suroeste: conocimiento	Gráfica: Eje norte-sur: compatibilidad Eje este-oeste: preocupación Eje noreste-suroeste: conocimiento

COSTA RICA



PANAMÁ



Cuadro comparativo de los segmentos poblacionales resultantes de cada país

Costa Rica	Panamá
1. Valores utilitarios (13,8 %) 2. Conservacionistas (22,4 %)	1. Dispuestos compatibles (11,0 %) 2. Conservacionistas teóricos (29,0 %

En Costa Rica, dos grupos están integrados por personas que adoptan frecuentemente prácticas que favorecen la conservación o la reducción del deterioro y que tienen mayor preocupación y conocimiento sobre el tema; en conjunto conforman el 36 por ciento de la población. Sin embargo, uno de estos grupos, integrado por quienes llamamos con *valores utilitarios* (14 por ciento), tiene comportamientos pro ambiente debido a que esto le permite ahorrar dinero (sus integrantes son de nivel socioeconómico y educativo más bajo), mientras que el otro grupo lo hace expresamente por su conciencia ambiental (son de nivel socioeconómico y educativo más alto, con mayor presencia en la Gam), los denominados *conservacionistas* (22 por ciento).

En Panamá, alrededor el 40 por ciento de la población estudiada posee valores ambientales, porcentaje representado por el segmento de *conservacionistas teóricos* y por los *dispuestos compatibles.* Ambos segmentos agrupan a la población más conciente de la problemática ambiental, con mayor preocupación y con mayor aceptación sobre la compatibilidad entre desarrollo y ambiente. Sin embargo, aunque manifiestan estar algo dispuestos a cambiar, carecen del elemento esencial que es la acción, ya que emprenden acciones a favor del ambiente solo "algunas veces".

En ambos países los grupos más concientes son grupos de nivel socioeconómico medio-medio y medio-alto y las personas de mayor nivel educativo. Por otra parte, los grupos más cercanos a los más conservacionistas son las personas de menor nivel socioeconómico, que muestran disponibilidad y ahorran también por necesidad económica.

Costa Rica	Panamá
3. Bien intencionados (22,8 %) 4. Indefinidos (25,4 %)	3. Pasivos semi-compatibles (22,0 %) 4. Perezosos despreocupados (22,0 %)

Otros dos segmentos de costarricenses (cuyos integrantes suman el 48 por ciento de la población) son más indefinidos en todas las dimensiones de análisis: a veces hacen "algo", tienen "algo" de conocimiento y están "algo" preocupados, pero uno de ellos, los *bien intencionados* (23 por ciento), aunque tiende a pensar que no es responsable del deterioro ambiental está dispuesto a hacer cambios. Al otro grupo lo llamamos los *indefinidos* (25 por ciento) porque su posición es intermedia en prácticamente todas las dimensiones.

En Panamá, los indefinidos representan el 21,5 por ciento de la población (los *perezosos despreocupados*). Este grupo tiene un alto índice de despreocupación por el tema ambiental, caracterizándose especialmente por no creer que el tema es urgente ni prioritario, por lo tanto la disposición de cambio en su estilo de vida para favorecer más al ambiente es bajo y se muestran perezosos en ese sentido. Curiosamente, resulta ser uno de los segmentos que con mayor frecuencia realiza acciones cotidianas que favorecen la conservación del ambiente; aunque probablemente sea por ahorro. Por otra parte, 22 por ciento de la población se agrupa en los llamados *pasivos semi-compatibles*. Este grupo es sumamente pasivo en sus acciones y tiene un bajo nivel de preocupación por el tema ambiental. A la vez muestran resistencia al cambio en pro del ambiente.

Costa Rica	Panamá
5. Sin valores (8,3 %) 6. Sin valores-semi-activos (7,3 %)	5. Despreocupados semi-activos (6,0 %) 6. Sin Valores (11,0 %)

El quinto grupo de costarricenses, que representa el 8 por ciento de la población, es muy pasivo, está muy desinformado y le preocupa poco el tema, a pesar de estar compuesto por un porcentaje proporcional mayor de personas con nivel educativo superior. Se denominaron los *sin valores ambientales* y son relativamente más jóvenes, de nivel socioeconómico más alto y en su mayoría residentes en zonas urbanas. Por último, el sexto grupo, tiene muy poco conocimiento, no le preocupa el tema, pero tiene algunos comportamientos que favorecen el ambiente porque esto le permite ahorrar dinero. En su mayor proporción son personas de zonas rurales, de mayor edad y de nivel socioeconómico más bajo (*sin valores-semi activos* -7 por ciento).

En Panamá, los dos últimos grupos, que alcanzan un 17 por ciento de la población, son los de menores valores ambientales. Ambos grupos muestran los niveles más bajos de conocimiento general, los niveles más bajos de preocupación por el tema ambiental, la menor disposición al cambio y la menor creencia en la compatibilidad entre desarrollo y ambiente. Su diferencia radica en que mientras los *sin valores* no muestran ninguna preocupación, el grupo llamado *despreocupados semi-activos* realizan algunas acciones que favorecen la conservación del ambiente y son los que se sienten más responsables del deterioro del mismo.

Para finalizar, esta comparación permite ver que existen varias coincidencias entre los países, pero también importantes diferencias que se gestan a partir de la historia y evolución socioeconómica de cada uno. La generación de las condiciones necesarias, por parte de las instituciones y empresas del país, es en extremo importante para que la concienciación y buena disposición no se esfumen ante la imposibilidad de concretar acciones para facilitar las prácticas conservacionistas o de manejo sostenible de los recursos. Puede afirmarse que las iniciativas de las empresas y del gobierno que impliquen la participación de la ciudadanía para hacer compatibles actitudes y prácticas encontrarían una receptividad importante en gran parte de la población, siempre y cuando estas iniciativas sean claras y fácilmente accesibles.

Tus fotos sobre ambiente

[fauna, flora; ecosistemas naturales, rurales y urbanos; contaminación de aire, agua y suelo; deforestación y problemática del bosque; explotación agropecuaria y minera; producción energética; pesquería; etcétera]

mandánoslas a **ambientico@una.ac.cr**

para incorporarlas a la

GALERÍA AMBIENTALISTA

de próxima aparición en: www.ambientico.una.ac.cr

[Los autores y autoras de las mejores fotos obtendrán gratuitamente una suscripción anual de AMBIENTICO o de AMBIENTALES]

[A LA VENTA]

[Informes y pedidos: 277-3688; ambientico@una.ac.cr]

Pago de servicios ambientales en Ley Forestal

por **Marielos Alfaro**

En 1990 la Asamblea Legislativa aprobó la Ley Forestal No. 7.174, pero como ésta -por lo apresurado de su aprobación- no había incorporado todas las modificaciones y actualizaciones (en relación con la anterior Ley No. 7032, de 1986) necesarias, los sectores interesados iniciaron la revisión de ella casi de inmediato a su publicación. Así, entre 1993 y 1996 se dio un proceso intenso de análisis y discusión de un nuevo proyecto de reforma de la Ley Forestal. Ciertos eventos nacionales e internacionales dados en ese período contribuyeron a que la Ley Forestal vigente hoy día, la No. 7575, incorporara el pago por servicios ambientales. Esos eventos fueron:

El ministro de Recursos Naturales, Energía y Minas, René Castro (1994-1998), ya le había indicado al sector productor de madera en el país que por directrices del Fondo Monetario Internacional (FMI) Costa Rica debía eliminar los incentivos a la reforestación (Certificado de Abono Forestal -Caf-), a la conservación (Certificado de Protección de Bosques -CPB-) y al manejo de los bosques naturales (Certificado de Abono Forestal para Manejo -Cafma-), lo cual preocupó mucho a los productores, más desde 1995 cuando la presión del FMI aumentó. Otro evento importante fue que Costa Rica había firmado en 1994 un acuerdo con la Oficina de Implementación Conjunta de Estados Unidos (Usiji, por sus siglas en inglés) para empezar a trabajar en proyectos de reducción de emisiones de gases de efecto invernadero, y uno de los sectores que se perfilaba con mayor potencial para desarrollar esos proyectos era el forestal, a través de la fijación y almacenamiento de carbono en ecosistemas forestales; en consecuencia, en 1995 se constituyó la Oficina de Implementación Conjunta (Ocic) de Costa Rica, siendo el primer proyecto revisado por esa oficina el presentado por la Fundación para el Desarrollo de la Cordillera Volcánica Central (Fundecor), llamado Carfix, que incluía la estimación del potencial de fijación de carbono en ecosistemas forestales en el área, considerando plantaciones forestales, manejo y conservación de bosques, proyecto ése que fue aprobado por Usiji, lo que dio enorme impulso al tema en el país. Y el tercer evento fue que, a finales de 1995, Ocic empezó a elaborar el Proyecto de Áreas Protegidas (Pap), que identificó el potencial de fijación y almacenamiento de carbono en los ecosistemas forestales de las áreas silvestres protegidas en el país, proyecto que fue certificado en 1996-1997 por la Societé Generale de Survillance (SGS), lo cual elevó su perfil; y, además de eso, en 1996 Ocic elaboró un nuevo Proyecto Forestal (PFP) para bosques y tierras de propiedad privada que estimó el potencial de fijación de carbono del país en tres modalidades: plantaciones forestales, manejo de bosques naturales y conservación de bosques. Costa Rica, pues, respondió oportunamente a través de la Ocic y de la formulación de dichos proyectos piloto al fuerte impulso que internacionalmente se le estaba dando al tema de los proyectos de implementación conjunta.

Se juntaron, entonces, tres hechos históricos en el país: la discusión de un nuevo proyecto de reforma de Ley Forestal, la amenaza de la desaparición del programa de incentivos forestales y la incorporación en el sector forestal del tema de la prestación del servicio ambiental de fijación y almacenamiento de carbono por parte de bosques y plantaciones forestales. Los dos últimos hechos llevaron al surgimiento de una nueva idea sobre cómo mantener un mecanismo financiero de apoyo al sector forestal sin que fuera un subsidio mal visto por los organismos financieros internacionales, aprovechando el servicio de remoción de CO_2 de la atmósfera que brindan los ecosistemas forestales. En ese momento, la persona que tenía más claro el tema era Franz Tattenbach, director ejecutivo de Fundecor y director de Ocic.

En las reuniones sostenidas por los productores y empresarios forestales a principios de 1996 para dar forma al tema de los instrumentos financieros de apoyo al fomento forestal en el país, representantes de Fundecor propusieron la inclusión en la Ley Forestal del tema de *prestación de servicios ambientales de los bosques y plantaciones forestales* y también la definición que hoy día aparece en el artículo 3, inciso k, de la Ley Forestal 7.575. Con aportes del resto de la comisión se incorporó el mecanismo en el artículo 46 (Creación de Fonafifo) y en el artículo 69 (Apoyo a los programas de compensación).

En definitiva, hubo actores clave en la incorporación del tema en la Ley Forestal: (1) Fundecor, que, teniendo ya un proyecto de fijación de carbono y habiendo desarrollado el tema, veía una excelente oportunidad para el sector forestal costarricense; (2) Ocic, conformada en un 50 por ciento de su personal por funcionarios de Fundecor; (3) el ministro de Recursos Naturales, que estaba muy interesado en los proyectos de mitigación de gases de efecto invernadero y en la oportunidad que representaban para el país, y (4) el sector de productores y empresarios forestales, que buscaban una alternativa al Caf. De entre esos actores fue Fundecor el impulsor de la inclusión del mecanismo en la Ley Forestal 7.575. Y, al contrario de cómo lo han querido hacer ver los ecologistas, éstos, representados por Fecon, no jugaron ningún papel protagónico.

Marielos Alfaro, ingeniera forestal y especialista en economía y manejo de recursos naturales, es profesora en la Universidad Nacional y expresidenta de la Cámara Costarricense Forestal.

Productos forestales no maderables no son tan beneficiosos

Manuel Ruiz-Pérez, Brian Belcher y otros. "Markets Drive the Specialization Strategies of Forest Peoples", en *Ecology and Society* 9(2), 2004 [online].

Hace quince años, Peters, Gentry y Mendelsohn publicaron un artículo en *Nature* que capturó la imaginación de conservacionistas en el mundo entero. Usaron datos de la Amazonía peruana para asegurar que se podría ganar más dinero de los bosques tropicales recolectando frutas silvestres que explotando la madera. Esto alentó las esperanzas de que si la gente pudiera vender más frutas, nueces, medicinas, artesanías, resinas y fibras de los bosques, ella estaría menos inclinada a destruirlos. El hecho de que la gente pobre es quien recolecta la mayoría de esos productos hizo que esta opción sonara aun mejor. La venta de tales productos permitiría proteger tanto el bosque como la gente que vive allí. Los donantes no pudieron esperar algo mejor que esto.

¿Pero será que eso es cierto? ¿Vender esos productos será bueno para los recursos y para la población involucrada? El artículo "Los mercados determinan las estrategias de especialización de los pobladores del bosque", aparecido en *Ecología y Sociedad* y preparado por Manuel Ruiz-Pérez, Brian Belcher y otros, aprovecha información de 61 casos de África, Asia y Latinoamérica para responder esas preguntas. La mayoría de los casos se pueden dividir en tres grupos:

Los productores manejan el primer grupo de productos casi como si fueran cultivos. Ellos los siembran en plantaciones o los cosechan de bosques manejados de forma intensiva. Se especializan en el producto y de allí sacan la mayoría de sus ingresos. Generalmente, tienen asegurada la tenencia de la tierra y el acceso a los mercados y viven bastante bien. Ellos no agotan sus recursos. Ésas son buenas noticias tanto para la gente como para los recursos, pero no suelen ser las familias más pobres o los bosques menos perturbados los que se benefician. Muchos casos asiáticos caen en esta categoría.

Los productores del segundo grupo tienden a ser más pobres y recolectan sus productos de los bosques naturales no manejados o con un manejo menos intensivo. Ellos dependen demasiado de una diversidad de productos forestales apenas para subsistir y a menudo los sobreexplotan. Los productos del bosque ofrecen un colchón de seguridad para esta gente, pero su futuro no se mira claro. Esto es más típico de África.

El tercer grupo de productos forestales representa una parte más pequeña de las entradas de los productores, pero les permite diversificar sus fuentes de ingreso. Estos casos caen entre el primer y segundo grupo en términos de nivel de vida e ingresos de las familias y de la forma que manejan sus recursos.

El artículo acertadamente da a entender que no hay muchos casos en los que la venta de productos de bosques naturales poco manejados haya ayudado a salvar esos bosques o haya sacado a mucha gente de la pobreza. Cultivar productos forestales puede ser un buen negocio para pequeños productores que tienen un buen nivel de vida, mientras que recolectar productos de los bosques naturales claramente ayuda a mucha gente a sobrevivir. No obstante, las cosas no son del todo como los donantes y los conservacionistas lo imaginaban.

[Para solicitar copia electrónica gratis del documento reseñado, en inglés, escribir a: t.suhartini@cgiar.org. O bajarlo directamente de: www.ecologyandsociety.org/vol9/iss2/art4. Comentarios y preguntas a: b.belcher@cgiar.org o a: manuel.ruiz@uam.es]

David Kaimowitz

Agencia de viajes
MILLENIUM 3
UN PUENTE AL MUNDO

Editorial Fundación UNA

TIENDA Y LIBRERIA UNIVERSITARIA
Excelente precio, servicio y calidad

Fundación UNA

PRO CIENCIA ARTE Y CULTURA

"La economía moderna procura elevar al máximo el consumo para poder mantener al máximo la producción. En vez de ello, debiéramos maximizar las satisfacciones humanas mediante un modelo de consumo óptimo (no máximo). El esfuerzo -social y ecológico- para mantener una forma de vida basada en un modelo óptimo de consumo es mucho menor que el necesario para mantener un consumo máximo".

E. F. Schumacher *Lo pequeño es bello*

[A LA VENTA]

ambientales

Número 27,
junio de 2004

Revista semestral de la Escuela de Ciencias Ambientales de la Universidad Nacional
Apdo. postal: 86-3000, Costa Rica
Tel.: 277-3688
fax: 277-3289, ambientico@una.ac.cr
www.ambientales.una.ac.cr

Director y editor
Eduardo Mora

Asistente
Natalia Jujart

Comité editorial
Marielos Alfaro
Gerardo Budowski
Enrique Lahmann
Enrique Leff
Rodia Romero
Rodrigo Zeledón

Diagramación e impresión
Litografía e Imprenta Segura Hermanos S.A.
(tel. 279-9259)

Esta publicación fue aprobada por el Consejo de la Editorial Una
(Apdo. postal 86-3000 Costa Rica
Tel.: 262-0505)

Reservados todos los derechos conforme a la ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento por escrito de Efuna.

Esta publicación contó con el apoyo financiero de

Ilustración de portada: S. Shore

634.9 Ciencias Ambientales/Escuela
C569C de Ciencias Ambientales.--
No. 27 (2004) - Heredia, C.R.:
EFUNA, 2004.

Semestral

1. Ecología -
Publicaciones periódicas.
I. Universidad Nacional
Escuela de Ciencias Ambientales.

C O N T E N I D O

[D O S S I E R]

2 Editorial

3 Estructura urbana y ambiente
Vladimir Klotchkov

11 Planificación y renovación urbanas en Costa Rica
Manuel Argüello

25 Vialidad, transporte y estructura espacial en la Gran Área Metropolitana
Rosendo Pujol

36 Espacio público y recuperación del hábitat urbano
Tomás Martínez

44 ¿Qué es el sistema urbano ambiental en el Plan Nacional de Desarrollo Urbano?
Esteban Carazo

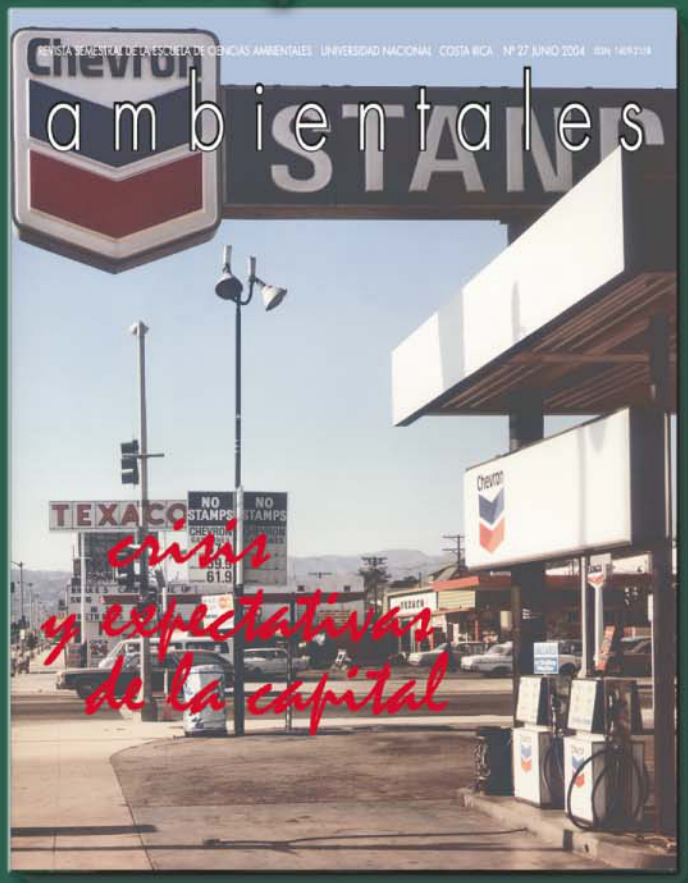
53 Calidad del aire en la capital entre 1993 y 2003.
Susana Rodríguez y Jorge Herrera

58 Propuesta de Corredor de Transporte Integrado Pavas-San José
Ronald Flores

65 Cómo ha de ser el paisajismo tropical
Jimena Ugarte

[O T R O S T E M A S]

70 Educación forestal en Centroamérica
Wilberth Jiménez



[Información y pedidos: 277-3688, ambientico@una.ac.cr]